

DE BUENAS LETRAS

# Medio siglo de una revolución

WENCESLAO-CARLOS LOZANO

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

**M**ayo de 1968 me pilló quinceañero, pero estudiar en el liceo de Tánger y leer prensa francesa en casa me permitió hacer un seguimiento de los ‘acontecimientos’ –‘événements’–, como se denominaba cautamente aquello para soslayar el término ‘revolución’. En clase, los profesores hablaban de ello con un indisimulado dejo de alarmismo. Normal, el sistema educativo francés era por entonces harto severo, tanto más en esos centros de la Misión Universitaria y Cultural Francesa donde la sociedad colonial, y qué decir su cuerpo docente, gozaba de un edénico estatus socio-económico. Baste recordar que el curso siguiente prohibieron matricularse a varias decenas de alumnos que se habían significado durante el anterior por una conducta impropia, consistente por lo general en una indumentaria –vaqueros con parches, botas camperas y camisas floridas– y una pelambreira solo asignaba a jipiosos y drogatas.

Valgan pues estas brevísimas palabras para conmemorar un acontecimiento político y cultural incruento que, salvando lógicas distancias, supuso lo que para España esa Movida que vino con hambre atrasada y dejó un reguero de cadáveres jóvenes y bonitos. Sacralizado y execrado a partes iguales según se gozara de su gloriosa impronta o se padecieran sus erráticos derroteros, pocos acontecimientos históricos han dado pie a tanto sesudo análisis y a tanta chorrada exegetica. Eso hasta la fecha: «Y lo que ‘quea’ por cantar», que dijera nuestro añorado Juan de Loxa.

El hecho es que aquello nos permitió poner a prueba el poder subversivo de algunas palabras cuya simple enunciación destapaba unas fragancias de imaginario que potenciaban el inconformismo hasta pretender poner el viejo mundo patas arriba, bastando para ello tomar por asalto los dogmas al alcance y destriparlos dialécticamente. Cuanto más se enarbolaba la ideología y su abs-

trusa teoría, más se estaba buscando sacudir el polvo a los achacosos discursos de poder de la derecha y la izquierda tradicionales, y, en lo más recóndito, refundir ciertos benditos valores de la cultura burguesa. Los gritos de guerra no engañan: «Seamos realistas, pidamos lo imposible / Prohibido prohibir / Cuanto más hago el amor, más hago la revolución / Todo, ahora mismo».

Así se acabaron imponiendo las nuevas exigencias de individualismo y libertad. El sujeto histórico ya no era el proletariado, sino el sexo. El sensualismo como credo y la subversión del cuerpo como arma revolucionaria colaboraron de forma decisiva en el derumbamiento del orden moral de nuestras gerontocráticas sociedades. Pero estas, en vez de pudrirse por dentro, como vaticinaban ilusoriamente los extremistas y temían los más conservadores, se acomodaron a la rebelión de sus alevines en la seguridad de que, no yendo la revolución en la dirección más temida, la transmisión generacional de poderes se haría sin sobresaltos y con la fe del converso en el advenimiento de la sociedad postmoderna que se avecinaba.

¿Qué queda de todo aquello? Para los jubilados de casi todo, quizás cierta nostalgia de una disposición existencial –individual y colectiva– hoy indefendible por su incorrección política y su asunción de un festivo libertinaje. Y, como no podía ser menos, el grato recuerdo del advenimiento de una sociedad por fin libre de lastres atávicos, rupturista con un conservadurismo de nefasta memoria, paternalista, mojigato, patrioteo y opresivo. Algo que, con distintos ropajes, ha vuelto por sus fueros para alborozo de tantos y tantas sedicentes progresistas. Así mandan los tiempos.